La Hoja del Lunes
4 diciembre 1961 (57)

119

Elogio de los cirujanos

por **Joaquín CALVO-SOTELO**

De la Real Academia Española

NO existe profesional alguno cuyo renombre haya crecido en lo que va de siglo tanto como el del cirujano. Durante mucho tiempo, sin embargo, le cupo un lugar subordinado en la escala de las valoraciones profesionales. Al galeno, no. Al galeno le circundó, "ab initio", la aureola del sabio. Pese a la balumba de citas clásicas que lo ponen en solfa, la aparición del médico a la cabecera del enfermo ha sido siempre refrescante, balsámica. Agente de enlace con el misterio, sus palabras de diagnóstico, desde la aurora del mundo, han sido escuchadas con un silencio religioso. A su lado, el cirujano irresponsable, curandero, a caballo de la magia, de la supercheria o del charlatanismo, era mirado menospectivamente.

En "El juez de los divorcios", de Cervantes, dice así una acotación deliciosa: "Entra uno vestido de médico y es cirujano." Aldonza de Minjaca, su mujer, alega, entre otros motivos para divorciarse, el de que su esposo se ha adornado con un título de superior prosapia a la que le corresponde, "... porque él dijo que era médico de pulso y remaneció cirujano, y hombre que hace ligaduras y cura otras enfermedades, que va a decir desto a médico, la mitad del justo precio."

Las cosas han evolucionado de tal manera, que si el episodio cervantino se adaptase a los tiempos que corren, tal vez se invirtieran sus términos. Cierto que, aun hoy, el cirujano depende del fallo del médico, y no interviene muchas veces sin su consentimiento; pero en muchos casos, él mismo, desentendiéndose de dictámenes ajenos, toma la decisión suprema.

Esa es su hora excelsa, avecinada con el milagro, en la que el paciente inmola su organismo a la suerte decisiva, de la que se desemboca en el éxito o en la catástrofe. Ante esa dramática encrucijada, ¿cómo no ha de adquirir grandeza la figura del cirujano? ¿Cómo no ha de mirársele igual que a un Dios providencial, a cuya ciencia confiamos nuestra vida? La admiración y la fe del enfermo por su médico son grandes, aunque sujetas a humanos regateos, pero las que el cirujano inspira aún las acrece, porque el quirófano es escenario mucho más espectacular que la consulta. Las medicinas curan, si curan, después de cierto tiempo y de dosis variables. La cirugía cura en el acto. Por si esto fuese poco, el paciente se inclina a suponer que el mérito de su curación le viene directamente de la maestría del quirurgo, de aquel que eligió entre sus congéneres, de tal forma que, con otro, quizás las cosas no le hubiesen ido tan bien. A recetar, en cambio, se le concede menos importancia, lo cual es, dicho sea de paso, una equivocación de a folio. De ahí que unos se declaren salvados por el cirujano H o B y otros por el medicamento X o Z, y no por quien se lo recomendó. De ahí que, en ocasiones, cuando se trata de seguir un método severo, tanto se jacte el paciente de la disciplina con que lo ha seguido como de la sagacidad del médico que se lo impuso. Hay mucho de arbitrario en esas reacciones, pero así es como se producen.

La cirugía, por añadidura, se acompasa maravillosamente al ritmo vertiginoso de nuestros días. Hay enfermos que no disponen del tiempo necesario para curar sus enfermedades. Con frecuencia se oye decir: "Debería sujetarme a este o aquel tratamiento, pero no puedo." Acaso, "in extremis", pudiese, pero los quebrantos que supondría alterar sus quehaceres habituales superan, en su criterio, a los bienes de la curación. ¿Cómo abandonar la fábrica, el negocio, la tienda, la familia dos, tres, cuatro meses? "Los cementerios—responde Thorton Wilder—están llenos de muertos que se creían insustituibles." Y todos han sido reemplazados: en los despachos, en los talleres, en los tálamos...

La cirugía es un tirar por la calle de en medio, un llamar a las cosas por su nombre, un coger el toro por los cuernos, de lo que el español se enamora con facilidad; es darle un quiebro a la nada; es jugarse a cara o cruz muchas cosas definitivas, y lo que intimida se compensa por lo que tienta.

En todo caso su oficiante ocupa hoy, repito, en el terreno de las valoraciones sociales y profesionales, un rango preferente. Ha tardado siglos, conforme; pero es que la cirugía necesitaba dos alas para volar: una, la defensa contra las infecciones; otra, la defensa contra el dolor. Cuando el ácido fénico sustituyó al agua hervida y el cloroformo reemplazó al opio y a la mandrágora, el cirujano entró, a mediados del XIX, merced a esos dos inventos sensacionales, en la mayoría de edad. Fueron, sin embargo, las guerras europeas del 14 y del 39, esas guerras devastadoras y bárbaras, las que ensancharon sus dominios. Desde entonces, como a las clases humildes se les ha abierto, mediante mil procedimientos de asistencia, el acceso a los quirófanos; como, por otra parte, el cirujano no tiene límites ya para su técnica—puso su mano en el corazón, en la pupila, en el cerebro—, fácilmente se comprende el crecimiento de su irradiación social y de su irradiación científica. La consecuencia es que su número parezca siempre escaso, y de su escasez dedúzcase su importancia y su brillo.

Cierto que la servidumbre que les liga a su trabajo es penosísima; cierto que no hay para ellos ni días ni horas que sus clientes no se crean con derecho a considerar como suyos; pero es cierto también que la compensación que el ejercicio de sus funciones les procura no tiene parigual.

Nunca o casi nunca el cirujano se ufana de haber salvado la vida a nadie, acaso porque le constan cuantas aleatorias circunstancias, aparte de su personal destreza, llevan a buen o mal término su tarea. Es, en cambio, frecuente la actitud humilde del enfermo que se declara hijo putativo suyo porque con su intervención se sintió liberado de un fin inexorable. La verdad es que millares de personas con las que nos cruzamos a diario andan aún sobre la tierra gracias a la cirugía. Muchos guardamos en lo profundo de nuestra alma reverencia a un nombre preciso y todos, al fin, somos deudores de quienes, desde los tiempos de Hipócrates, desafiaron, sabiéndose depositarios de la verdad, el escepticismo de los dolientes y la ironía de sus colegas a los que igualan hoy en el respeto y la estimación públicos.

Previsoramente, el juez cervantino entendió que el dárselas de médico, aun siendo sólo cirujano, no era causa bastante de divorcio.